

**ALARCÓN CABRERA, Carlos. *Creer en Hitler. El triunfo de la sumisión sobre la libertad*, Sevilla: Ediciones Aconcagua, 2016, 421 pp.**

En *Creer en Hitler. El triunfo de la sumisión sobre la libertad*, Carlos Alarcón parte de una premisa explícita: Hitler no fue una lamentable excepción ni un accidente histórico. Las condiciones psicosociológicas que propiciaron su aparición son demasiado similares a las que se han presentado en muchos lugares en las décadas siguientes al fenómeno nazi, que continúan impulsando la emergencia de figuras políticas repletas de sadismo y masoquismo. Se trata de seres humanos angustiados y desbordados ante su imposibilidad psicológica de sostenerse como entes individuales que, detrás del pretexto ideológico de revoluciones nacionales, raciales o culturales, anhelan y necesitan evadirse sintiéndose capaces de provocar daño a los demás y a sí mismos, y de reprimir la libertad ajena y también la libertad propia.

Para el autor, lo que tienen en común estas derivaciones tanáticas e *inhumanas* de los humanos es la apelación religiosa, cuasireligiosa o seudoreligiosa a la fe en el líder como base para establecer un vínculo simbiótico entre gobernantes y gobernados, entre dominantes y dominados. En este sentido, considera que Hitler fue solo, en tanto que *Führer*, un transparente ejemplo de cómo guiar a un pueblo sumiso hacia la renuncia a la libertad y hacia la autodestrucción. Siguiendo a Erich Fromm, Alarcón considera la influencia luterana y calvinista como determinante no solo para la irrupción del espíritu capitalista, tal como había subrayado Max Weber, sino también para la aparición de nuevas formas políticas caracterizadas por la sumisión absoluta de la ciudadanía al líder. En tanto que extensión terrenal de la autoridad divina, el poder político fue objeto de un particular tipo de apego por parte del pueblo alemán. Se constituyó así, sobre todo durante el siglo XIX, un entramado autoritario que representó un factor de inhibición que paralizó a la ciudadanía, instándola al sometimiento pasivo ante el emperador. Tras la derrota en la primera guerra mundial, ante la desaparición del Kaiser, las nuevas generaciones se mostraron dispuestas a entregar su libertad a un Führer que los guiaría hasta la gloria. Como analiza Alarcón, el vínculo que enlazó a Hitler con los alemanes derivó del vértigo que éstos sintieron como consecuencia de su conquista de la libertad política tras siglos de autocracia imperial, de una libertad que tras la derrota en la guerra y la desaparición del Imperio dio lugar a la amenazante revolución espartaquista, a la humillante rendición

incondicional sellada en Versalles y a la dramática hiperinflación de los primeros años de la década de los veinte.

El autor trata por tanto de mostrar la naturaleza cuasireligiosa del vínculo que Hitler consiguió establecer con el pueblo alemán, y resaltar cómo a partir de este vínculo pretendió llevar a cabo una revolución cultural totalitaria forjadora de un nuevo hombre alemán. Alarcón profundiza en la tesis de Fromm según la cual este vínculo no solo constituyó una insensata tabla de salvación para los alemanes, sino también para Hitler. Desde un punto de vista psicológico, fue un vínculo simbiótico que se desplegó a través de los componentes sádicos y masoquistas de la personalidad de Hitler, un ser angustiada ante la imposibilidad de encontrar un sentido a su vacía vida, desarraigada y desbordada en la Viena imperial de los años previos a la primera guerra mundial. Alarcón se centra en estudiar la naturaleza de los mecanismos de evasión mediante los cuales Hitler y los alemanes se encadenaron mutuamente como modo de tratar de compensar sus sensaciones de insignificancia, impotencia y pequeñez ante el entorno circundante. Las fracturas emocionales correspondientes favoreció la creación de una compleja red de relaciones de dominio y sumisión entre Hitler y los alemanes que se revistió de un particular tipo de religiosidad. La fe en el Führer encadenó al pueblo alemán acabando con su libertad precisamente en el momento histórico en el que la democracia empezaba a ser posible, en el que a priori había por fin una cierta libertad externa. De hecho, para Alarcón, la evolución final política y personal de Hitler es lógica, si se vislumbra desde el punto de vista de su sadomasoquismo. Su comportamiento supuso la culminación de un proceso patológico centrado en la necesidad obsesiva de comportarse de forma dañina, contra los demás o contra sí mismo.

Para el autor, no fue hasta los sesenta cuando se perdió del todo el miedo a estudiar a fondo la trayectoria vital de Hitler, quizás porque lo que ocurrió había sido tan impactante para sus contemporáneos que provocó que quedaran en cierto modo paralizados intelectualmente. Los primeros trabajos de finales de los cincuenta fueron de autores jóvenes, la mayoría no europeos, y en parte fomentados por la accesibilidad a documentos descatalogados tras la muerte de Stalin. En los sesenta Hitler empezó a *ponerse de moda*, y paulatinamente a *comprenderse y humanizarse*, no en el sentido de aplaudir alguna de sus acciones, sino en el de alertar ante las excesivas semejanzas entre el carácter vital de Hitler, marcado por su capacidad destructiva y por su angustia existencial, y el que potencialmente todos los seres humanos podemos llegar a tener. Por eso, como el propio Alarcón reconoce, su tesis puede resultar paradójica. Parte de la *humanidad* de Hitler, pero a la vez estudia cómo muchísimos alemanes llegaron a percibirle como una figura sobrehumana. La *humanidad* de Hitler consistió en una combinación de sadismo destructivo y de irracionalidad masoquista, que contagió a decenas de millones de alemanes que optaron por renunciar a su libertad para someterse a un nuevo dios político-religioso que cubriera el vacío dejado por el Kaiser y, en general, por la idea de *muerte de Dios* en la modernidad pronosticada por Nietzsche.

Hitler no fue sólo, como señala Alarcón, un sádico con un anhelo ilimitado de dominio y poder que disfrutaba con la aniquilación de seres humanos, ciudades y países, sino que a la vez sus impulsos autodestructivos determinaron en muchos aspectos su comportamiento, y se exacerbaron en los últimos años de su vida, cuando empezó a dar por perdida su *lucha* y tomó todo tipo de medidas contra las propias infraestructuras alemanas. Si Hitler sigue sin comprenderse del todo, es posiblemente porque se ha presupuesto equivoca-

damente su condición inhumana. Pero su fanatismo se impuso sobre la razón porque la mayoría del pueblo alemán ansiaba angustiado entregar la libertad recién obtenida a alguien situado a un nivel sobrehumano al que poder someterse irracionalmente. Y esa *sobrehumanidad* convivía en Hitler con una *infrahumanidad* derivada de su historia personal, la misma infrahumanidad que precisamente atribuyó arbitrariamente a los miembros de razas supuestamente inferiores.

El libro de Alarcón trata en suma de complementar y desarrollar el análisis que hiciera Fromm en *El miedo a la libertad*, tratando de tener presente los muchísimos acontecimientos de relevancia que han sucedido desde la época en la que vivió Hitler, los cuales han posibilitado alcanzar una mejor perspectiva para analizar las causas por las que es tan difícil el progreso en lo relativo a la libertad humana. Los principales escollos con los que se encuentra el individuo para ser libre no son exclusivamente externos, no provienen solo de autoridades políticas o religiosas, sino que resultan de la combinación de estos factores externos con los que internamente ha ido creando según haya sido su relación con el entorno humano y natural desde sus primeros años de vida. Los diferentes modos de afrontar los inevitables dilemas existenciales relacionados con la libertad habían quedado marcados durante el siglo XIX por una tendencia desigual al liberalismo político y por el desarrollo del industrialismo. Pero en Alemania la cultura del luteranismo acentuó la importancia de la dedicación absoluta y frenética al trabajo como mejor forma de cumplimiento de los mandatos divinos, lo que contribuyó a construir seres sumisos ante Dios, y por extensión obedientes ante las autoridades políticas. Así se prepararon los alemanes para reaccionar ansiosa, neurótica e irracionalmente cuando, tras el hundimiento del imperio, un nuevo mesías les prometió un futuro glorioso.

Alarcón llega a afirmar que la evolución vital de Hitler es hasta cierto punto lógica. Su afán autodestructivo del último año supuso la culminación de un proceso patológico centrado en la necesidad obsesiva de comportarse violentamente, contra los demás o contra sí mismo. Siguiendo a Hawthorn y a su teoría de los contrafácticos, Alarcón defiende que lo que podía haber ocurrido y no ocurrió en la primera parte del siglo XX no nos lo dicen las teorías generales, sino los hechos particulares comparados entre sí. No se trata de aceptar la tesis holista de que la interrelación estructural entre las circunstancias de cada contexto histórico propicia una única opción alternativa, sino simplemente de constatar que la situación histórica podía haber sido diferente si determinados hechos hubieran sido distintos a como realmente fueron. La experiencia histórica de los años veinte, treinta y cuarenta ha consolidado el rechazo de la concepción teleológica de la historia y de la metodología deductiva que suponía por su condición de *ciencia del espíritu*. Más que ningún otro, el fenómeno del ascenso al poder de Hitler y de su despiadado ejercicio del mismo demuestra que ninguna teoría de la razón práctica puede desentenderse de los rasgos psicológicos de los actores históricos, y que por el contrario conlleva redefinir el concepto de *razón* incluyendo en él muchos aspectos subjetivos no racionales, y conectándolo para Alarcón con la noción de *forma de vida* que tan lúcidamente desplegó Wittgenstein. La comprensión pasa así a concebirse como una explicación no interpretativa de las razones subjetivas de las acciones y de las causas objetivas de los hechos. Y en efecto la historia de Hitler y del nazismo ofrece bastantes ejemplos de cadenas argumentativas basadas en relaciones pluricausales. *Comprenderlas* implica analizar los contextos que fueron influyendo en el con-

junto de tomas de decisión particulares, que a su vez construyeron los fenómenos históricos correspondientes.

A juicio de Alarcón, *El miedo a la libertad* de Fromm es un libro que a pesar de la distancia temporal continúa siendo útil para vincular la preponderancia del reformismo religioso en Alemania con la emergencia de Hitler como líder político. Fromm subrayó las consecuencias psicológicas del rigor e inflexibilidad del Dios luterano y calvinista: una vertiginosa sensación de soledad e impotencia en el ser humano, abandonado a su suerte hasta que es recogido por algún tipo de autoridad. Y el surgimiento del protestantismo religioso modeló al hombre preparándolo no solo para la sociedad capitalista, sino sobre todo para la renuncia a la libertad recién conquistada tras el fin de las cadenas feudales. Este fenómeno representó una clara muestra de la tendencia humana a la sumisión y a la dominación como formas de evasión con las que se pretendía combatir la *angustiosa* libertad alcanzada.

La tesis de Fromm es aceptada por Alarcón. Detrás del totalitarismo y de las dictaduras hay personas totalitarias y dictatoriales que necesitan ordenar, dominar y reprimir la libertad ajena. Por ello la solución a la falta de libertad no se encuentra solo en la transformación de las estructuras políticas, sino asimismo en el cambio educativo, cultural y emocional. Durante el siglo XIX los alemanes parecían desconfiar de las fórmulas democráticas, prefiriendo que las tímidas reformas se planificaran y tutelaran desde el poder. La sumisión que el hombre debía mostrar ante Dios suponía también sumisión ante los poderes económicos y políticos. Para gran parte de la clase media y baja alemana el trabajo no representaba solo un medio para satisfacer sus necesidades, sino también un fin en sí mismo en tanto que forma de realizarse y de unirse a Dios. Esta autoalienación significaba la renuncia completa a la libertad *interna*, de tal modo que resultaban irrelevantes los avances sociales, políticos o jurídicos que pudieran tener lugar *externamente*. Más bien al contrario, el resentimiento de estas clases sociales por su condición sumisa y dependiente era una fuente de frustración y envidia contra quienes sí estaban alcanzando algún tipo de libertad. Y el resentimiento y la frustración provocaban grandes dosis de agresividad que se sentía sobre todo contra la alta burguesía y contra la parte del proletariado que empezaba a rebelarse.

La seudoideología de Hitler fue solo una hábil utilización de un conjunto de factores que coincidieron en los años de la posguerra, y que a la vez resultaban de la dinámica antilibertaria de las anteriores generaciones de alemanes. La derrota bélica, la desaparición del imperio, la revolución espartaquista, la humillación del Tratado de Versalles y la desestabilizadora hiperinflación prepararon a la desbordada sociedad alemana para creer en un providencial y salvador *Führer* que supo crear una atmósfera de fe ciega que a la vez sirvió para seducir y someter a las masas. Hitler fracasó en su intento de dominar el mundo, pero de algún modo triunfó, como incide Alarcón, en su misión de fanatizar a decenas de millones de alemanes, contagiando el odio que sentía hacia sí mismo de forma que sirviera para canalizar y dar rienda suelta a la agresividad contenida.

Las medidas autodestructivas que Hitler tomó en su último año de vida y de su guerra muestran como para él la principal lección histórica era la de que la única alternativa al éxito era el hundimiento total. Sólo así trascendería el mito que inmortalizaría su nombre. De hecho, estas medidas contribuían a ofrecer una imagen nacional muy paranoica, basada en la personificación de Alemania en el héroe medieval consecuente con sus principios que habitaba en un mundo dominado por la maldad y la corrupción. En este contexto solo

el odio a la vida y el deseo de muerte servían a Hitler de consuelo estético y daban sentido a su devenir histórico. Su propia extinción voluntaria como ser vivo fue, como recalca Alarcón, la última escena de una tragedia nacional que representó la culminación simbólica del proceso de autodestrucción de una sociedad neurótica. Desde hacía siglos el alemán medio se había estado sometiendo y humillando ante un Dios lejano e inflexible y ante un poder político opresivo, a la vez que expresaba la agresividad acumulada por la sumisión y la humillación contra los más débiles. Y lo que estaba ocurriendo en la última parte de la guerra constituyó el colofón de este inverosímil proceso histórico gracias a la aparición de la figura mítica y mesiánica del *Fuhrer*. El pueblo alemán *creyó* en Hitler, subraya Alarcón. Tuvo fe en él, se sometió y de esta forma renunció completamente a su libertad.

En la parte final de su libro, Alarcón trata de explicar por qué la experiencia nazi no es solo pasado. Subraya que Hitler no fue una excepción histórica, sino que por el contrario el panorama que nos muestra la segunda parte del siglo XX y el principio del siglo XXI está lamentablemente repleto de escenas de destrucción y sadismo generadas en mayor o menor medida por la necesidad de ser protegidos por figuras autoritarias, por dioses a los que se les quiere porque se les teme, por su implacabilidad y por su capacidad de castigar y ajusticiar. La crisis económica actual ha acentuado y potenciado esta tendencia a renunciar a la *peligrosa* libertad que ha acompañado durante los últimos siglos a las sociedades modernas. Es para Alarcón innegable que en los últimos cien años el estilo de vida americano, inspirado en gran medida en los principios del protestantismo religioso, ha penetrado en el mundo entero. El *fin de la historia* con el triunfo de la economía de mercado, aparentemente incontestable desde la caída del muro, ha supuesto la implantación de una tabla de valores supeditada al propio sistema capitalista. El espíritu de sumisión ante este sistema económico ha impregnado las mentalidades individuales y sociales, sirviendo para que el ser humano pierda la confianza en su capacidad para sobrevivir psicológicamente sin renunciar a su propia integridad y diferenciación personal, por lo que ahora más que nunca es imprescindible volver a exaltar el valor de la libertad.

Resulta llamativo para Alarcón que la mayoría de los estudiosos alemanes que en las dos últimas décadas se han centrado en analizar el carisma de Hitler coinciden en considerar cómo el deseo de ser liderado por una personalidad fuerte sigue estando relacionado en la actualidad con la necesidad existencial de que nuestra vida tenga algún propósito. Especialmente cuando los seres humanos adultos tienen dificultades para romper evolutivamente los vínculos primarios infantiles, el recurso a la adoración y al endiosamiento de héroes terrenales representa una tentación muy peligrosa. Por eso Alarcón vuelve a remontarse a Fromm, cuyo estudio psicobiográfico de Hitler sirvió para alertar ante los numerosísimos *hítleres* que siguen existiendo. Es por ello que es fundamental no deformar el *cuadro* de Hitler, o de cualquiera de sus réplicas actuales, privándolo de su inevitable *humanidad*.

El surgimiento de la democracia, el afianzamiento del estado de derecho y el crecimiento económico son condiciones necesarias, pero no suficientes para el desarrollo de la libertad, concluye Alarcón. Para muchos seres humanos la libertad alcanzada es solo una libertad negativa, una libertad consistente en la *no* opresión externa, en la ruptura de los vínculos que les encadenaban a los tradicionales poderes económicos y políticos, constituyendo en cierto modo una continuación de los vínculos primarios. Ello les impulsa a buscar mecanismos de evasión que les unan con otros tipos de vínculos susti-

tutivos de los originarios basados en el autoritarismo. Y, siguiendo otra vez a Fromm, Alarcón recuerda que estos vínculos secundarios crean una falsa sensación de seguridad que pone en riesgo la integridad del propio *yo*. El lamentable error de muchos seres humanos de someterse a una autoridad poniendo en sus manos la libertad que tanto pesa, y renunciando así a aprovechar las posibilidades que nos brindan las condiciones políticas y económicas de la modernidad, no debe hacernos olvidar que tales condiciones siguen existiendo. Por sí mismas no lo bastante para hacernos verdaderamente libres, sino que requieren complementarse con acciones en diversos ámbitos sociales, culturales y educativos. No basta con razonar sobre la importancia de la libertad, ni siquiera tampoco con conquistarla a través de mecanismos políticos, sino que es imprescindible *aprender a ser libre*.

Fernando MARTÍNEZ CABEZUDO  
Universidad Pablo de Olavide